

Esas mujeres

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *These Women*

En cubierta: fotografía de © Nikita Sursin / Stocksy

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ivy Pochoda, 2020

© De la traducción, Pablo González-Nuevo

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19419-09-5

Depósito legal: M-18.514-2022

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Ivy Pochoda

Esas mujeres

Traducción del inglés de
Pablo González-Nuevo

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

En recuerdo de Felicia Stewart, declarada feminista
y pionera en salud reproductiva femenina, capaz
de comprender a esas mujeres. Y para Matt Stewart.

*¿Cómo sobrevives, cómo sales adelante?
Escucha siempre a las mujeres.*

SESSHU FOSTER, *Taylor's Question*

Feelia 1999

Eh, aparta la cortina, déjame ver tu cara. Solo oigo tu respiración en la oscuridad. Adentro y afuera, como en una de esas máquinas. Una de esas cabronas que hacen bip-bip. Aquí metidas tenemos tiempo suficiente. Respiran por ti. Hacen latir tu corazón por ti. Bip-bip. Dentro, fuera. Dentro, fuera. Dentro, fuera. Eso es lo único que oigo en este sitio.

Así que no vas a apartarla... ¿Estás demasiado enferma para hacerlo? A mí me han molido de cojones. Pero no me avergüenzo de ello. Te dejaré ver mi cara. Tú..., bueno, no pretendo invadir tu intimidad. Dejaré la puta cortina cerrada si eso es lo que quieres. Quédate ahí a oscuras. Dentro y fuera. Dentro y fuera, con el puto bip-bip.

Voy a abrir la ventana. Este sitio huele a muerte y eso que se supone que tienen que mantenernos vivos. Joder, eso sí que es... ¿cómo se dice? Irónico, eso es. Voy a abrir esa ventana. Espero que no te importe si fumo. Joder, espero que no tengas ninguna puta enfermedad pulmonar ni nada por el estilo. Eso espero. Bueno, un poco de humo de cigarrillo de segunda mano no te dejará peor. Después de todo, ya estás aquí.

Vas a quedarte ahí sentada en silencio. No vas a decir ni mu. Me dejarás desbarrar. Me dejarás seguir a lo mío. No me contarás qué te sucede ni cómo has llegado a este lugar. Solo quieres escuchar mi historia, puta cotilla.

Lo importante es saber hacerlo a oscuras.

¿Sabes de qué hablo? ¿Sabes de qué va el asunto? Conoces la calle, ¿verdad? Todos tienen que pagar por jugar. Incluso yo. No soy más que otro eslabón de la cadena. Es un juego de suerte y habilidad.

Dicen que eres afortunada si alguien se para en tu esquina. Afortunada si tienes oportunidad de asomarte a la ventanilla de algún coche. Afortunada si alguien te lleva a dar una vuelta por alguno de esos sucios callejones de Western o hasta una de las calles secundarias de Jefferson Park. Mucho más si te llevan a una habitación de hotel. Y ya ni te cuento si te devuelven entera al lugar donde te recogieron.

Yo soy afortunada. Conozco las calles. Al menos eso creía. Te lo explicaré... Tienes que ser diligente. Sí, menuda palabra. Difícil de pronunciar. Pero es bueno conocerla. Diligente. Si me vuelven a preñar, así es como voy a llamar a la criatura... Diligente. Diligente Jefferies.

Joder, pero lo que yo no sabía es que también hay que serlo cuando no estás trabajando. Estaba en el Miracle Mart, comprando una botella de Hennessy y un paquete de Pall Mall. Ni siquiera estaba trabajando. Simplemente estaba en la esquina encendiendo un cigarrillo. Disfrutando de esa mierda, ya sabes. Por una vez no hace calor. El viento en los árboles. ¿Sabes lo que te digo? Haciéndolos bailar. Es bonito.

¿Quieres saber lo que está jodido de verdad? South Central. Todo el mundo dice que es feo, que está hecho mierda. ¿Alguna vez has dado un paso atrás para echarle un vistazo? Quiero decir, para mirarlo bien. Ese puto sitio no está mal del todo, incluso es bonito. Tenemos casitas limpias y cuidadas, con sus patios delanteros y traseros. Tenemos espacio. No es que yo viva en una casa, no. Vivo en un apartamento, pero todas las casas de los alrededores... son bonitas. Me gusta mirarlas. También hay árboles. ¿Alguna vez te has fijado en los árboles? Los que tienen flores rosas y los de las flores moradas. Seguro que te parecen iguales, pero hay que prestar atención.

Pues estoy pensando en eso mientras enciendo un cigarrillo apoyada en la fachada del Miracle Mart. ¿Conoces el sitio? El tío que trabaja allí es de Japón. Yo soy de las afueras de Little Rock. En fin, el tío vende y yo compro y todos los días tenemos una conversación agradable sobre esto y aquello. Y eso es justo lo que había pasado antes de salir a encender el cigarrillo y ponerme a pensar en lo bonito que es el sur de Los Ángeles... En fin, si eres capaz de ignorar a toda la gente que vive allí, joder. O al menos a una parte. Si miras con detenimiento las casitas, los coches aparcados junto a las aceras, las plantas, los jardines, los chiquillos jugando en la calle. Si te fijas un momento podrías estar contemplando el puto sueño americano.

¿Cómo son capaces algunos tíos de saberlo solo mirando? ¿Nunca te lo has preguntado? ¿Cómo lo hacen? Porque no soy precisamente la única tía de Western que va de tacones, top y minifalda. Estoy yo y otras tantas como yo, pero también muchas otras que visten igual porque les gusta ir así por ahí. Pero hay tíos que lo saben, coño.

¿Conoces esa esquina del Miracle Mart? Es oscura. Por eso no trabajo allí. Es imposible saber a quién tienes delante. Pero no estaba trabajando, ya te lo he dicho, ¿verdad? Así que no tiene importancia. El caso es que aparece un coche y se para, pero yo no le presto atención. ¿Para qué? Estoy fumando y contemplando esos árboles que bailan como un par de chicas borrachas en una fiesta..., meciéndose de un lado para otro, de un lado a otro.

Entonces se baja la ventanilla. «Oye, guapa», dice, o alguna mierda por el estilo. Yo me limito a asentir con la cabeza y sigo fumando. No estoy de servicio y tampoco hay nadie vigilando para asegurarse de que hago mi turno.

Pero entonces vuelvo a oírle. «Oye, guapa». El tío tiene acento, o eso me parece. No le doy mucha importancia porque mirando esos árboles me he puesto a pensar que todo el mundo está siempre diciendo que necesita pirarse de este lu-

gar y yo me pregunto: ¿por qué demonios ibas a querer hacer algo así? ¿Has estado en Little Rock? ¿Has estado en Houston? Disfruta de lo que tienes en Los Ángeles, joder. Vete a ver el puto océano. O simplemente párate a mirar los árboles y las flores de vez en cuando... Y eso era justo lo que yo hacía cuando volví a escuchar el «Oye, guapa» y todo se me fue de la cabeza.

«Sí», le digo.

«¿Qué estás bebiendo?». Yo no le miro porque no quiero establecer contacto visual, no quiero que piense que estoy interesada, que estoy ahí buscando clientes. Así que le doy un trago a mi Hennessy y levanto la mirada hacia el cielo.

Pero el coche sigue ahí parado, ronroneando como si estuviera a punto de darse a la fuga o algo por el estilo. Puedo sentir cómo me mira el tío y yo sigo pasando de él. Porque, porque, porque...

«Vamos, no tienes por qué seguir bebiendo eso».

Empiezo a prestarle atención, pues esa no es la típica mierda que suelen soltar la mayoría de los tíos. «Eh, déjame ver ese culo antes de pagar por él. ¿Me dejas probar un pellizquito para saber lo que compro? Cuando veas lo que tengo querrás montarme gratis. Querrás pagarme tú». Este no dice nada parecido. Me habla educadamente. Como a una persona.

«Esa clase de licor solo te emborracha». Eso es lo que dice. Y me echo a reír, pues, joder, ¿no es ese precisamente el objetivo?

«Sí —le digo—. Sentiría que me han timado si no lo hiciera».

Entonces el tío dice: «¿Has probado el vino sudafricano?».

«¿Tienen vino en Sudáfrica?», le digo. Pues seguro que está bromeando. Cebras, jirafas y vino, claro... Pero cuando vuelvo a mirar el tío ha sacado el brazo por la ventanilla y me ofrece una copa.

Joder, esta es la parte donde dejé de ser diligente. Donde dejé de seguir mis propios consejos de mierda.

Espera. Necesito un cenicero. También me vendría bien un poco de agua. ¿Tienes agua por ahí? ¿O debería pulsar este botón? Olerán el humo, estoy segura, pero me importa una mierda. Todo este sitio apesta a muerte o algo peor.

Mierda. Ya se ha pirado. ¿Crees que se considera mejor o peor que yo por ser extranjera? ¿Tú qué opinas? Y se ha llevado mi tabaco. Más bien me lo ha robado. ¿Por qué motivo vendría aquí si vivía en algún país tropical? ¿Por qué coño?

Viviendo en Little Rock se entiende. Si hubieras vivido allí también lo entenderías. Comprenderías por qué me marché. Cualquier trabajo de mierda en Los Ángeles es mejor que vivir allí. ¿Y qué importa si mi trabajo no es precisamente, cómo se dice, cualificado? ¿Si no hace falta ir bien vestida? Aunque lo cierto es que no hace falta ir vestida en absoluto... ¿Y qué? Por lo menos no es Little Rock. Joder, puede que no te guste lo que hago, puede que no lo entiendas. Pero al menos estoy al aire libre. Al menos puedo pasear, yo elijo mis calles y lo que hay en ellas..., puedo oler las flores, que es mucho más de lo que pueden decir muchos de por aquí. Ni siquiera se paran a olerlas, solo pasan con sus coches a toda prisa con las ventanillas cerradas. Yo me paro a olerlas.

Que es precisamente lo que estaba haciendo cuando ese tío se me acerca y empieza a hablarme de vino sudafricano y de cómo la mierda que estoy bebiendo simplemente me pondrá pedo y me dará resaca y que tengo que probar su priva y entonces ahí está sacando el brazo por la ventanilla con una copa. Y de repente me digo, qué coño, por qué cojones no voy a probarlo. Así que me acerco al coche y cojo la copa. Y la verdad es que no sabe tan bien. Bueno, sí. Mejor que la mayoría de la mierda que suelo beber, pero nada espectacular. Desde ese momento las cosas se vuelven algo confusas.

Él dice: «¿Te apetece dar una vuelta?», o algo por el estilo.

Yo le respondo que se ha equivocado del todo. No estoy trabajando. Es mi noche libre. Así es, tengo una noche libre. Nadie puede obligarme a trabajar siete días a la semana. No soy un agente libre, es verdad... Esta mierda es demasiado peligrosa y no soy estúpida.

Pero, joder, eso es justo a lo que voy. Aquí me tienes hablando de diligencia y de ser lista al hacer la calle y ¿qué es lo que hice? Cometí un error.

Subo al coche. Para entonces ya me he bajado la copa y el tío vuelve a llenarla. Mi cabeza flota como si acabara de zambullirme en el río allá, en Luisiana, y el agua estuviera demasiado revuelta para ver el fondo. No soy capaz de subir a la superficie y estoy rodeada de barro marrón. Así me sentía. Y ese es el motivo por el que no pude ver bien al tipo.

¿Blanco, quizá? ¿Latino? Negro no era, eso seguro. Si tuviera que apostar diría que blanco.

Este es el secreto. Esto es lo que nos decimos unas a otras. Presta atención. Busca rasgos distintivos. Por ejemplo, ¿tiene el tío algún tatuaje? ¿Lleva barba y de qué estilo? ¿Tiene acento? ¿Bizquea? ¿Parece drogado? ¿Nervioso? Esas son las cosas en que has de fijarte si el asunto se pone feo. Por si tienes que identificar al elemento por cualquier puta razón.

Eso es lo que hay que hacer. Y yo trato de hacerlo. Pero pasado un rato todos los tíos se convierten en el mismo cabrón sudoroso, cachondo y puteado que te echa a patadas de su coche en cuanto ha terminado. Así que de qué sirve. De todas formas, como te he dicho varias veces, si es que me estás escuchando... ¿Estás despierta al menos? Yo ni siquiera estaba trabajando. Solo estaba tomando un trago y pensando en la hilera de palmeras que bailaban recortadas contra el cielo, haciendo el doble paso tejano.

Recuerdo haberme recostado en el asiento. Recuerdo haber bajado la ventanilla para mirar el paisaje y recuerdo al tío diciéndome que volviera a subirla. No le gustaba llevarla bajada. Recuerdo haberme reído, pues ¿a quién no le gusta

conducir con las ventanillas bajadas una noche fresca? Entonces me dio una bofetada. Y por un momento me dije, eh, no tienes derecho a hacer eso, no estoy trabajando. Y justo esa mierda estaba pensando cuando todo se volvió negro.

¿Recuerdas cuando te hablaba del río en Luisiana? Esta es la historia. Yo tenía diez años. O eso creo. Estaba en Nueva Iberia de visita en casa de mis primos, auténticos críos de campo que se pasaban el día haciendo las típicas mierdas que se pueden hacer lejos de la ciudad, como robar alcohol ilegal destilado en el cobertizo del tío de alguno de ellos. Nos saltábamos la hora de comer para ir al río, o al *bayou*, si prefieres llamarlo así. Supongo que le había pegado un par de tragos al tarro que mis primos se estaban pasando de mano en mano, pues les creí sin pensármelo dos veces cuando dijeron que había un perro ahogándose en el agua. Cuando señalaron la masa de fango que se arrastraba lentamente, vi algo en la corriente dando vueltas, saltando, girando como una puta pelota. Ahogándose. Eso es lo que pensé. Mis primos siguen de pie en la orilla hablando del perro a merced de la corriente y sin hacer nada. «Feelia — dicen —, si tan preocupada estás, salta». Y la verdad es que no parece estar muy lejos, ahí delante de mí, girando y girando. «Claro, sálvalo», dicen.

Sin darle más vueltas me quito las sandalias, extendiendo los brazos y me lanzo tan lejos como puedo desde la orilla en dirección al perro. El agua me cubre la cabeza, espesa como helado derretido. A pesar de todo puedo ver el sol, o eso creo, así que sé dónde está la superficie, aunque no pueda llegar hasta ella. ¿Has oído hablar de esos sueños en los que estás corriendo, pero no eres capaz de moverte ni un puto centímetro? Pues estar en el agua era justo así, pero mucho peor porque no tienes aire. Y el sol sobre tu cabeza se aleja más y más hasta convertirse en el puntito de luz al final de la cabecera de esos dibujos animados, los Looney Tunes.

El perro está en el agua, por encima de mí. No puedo alcanzarlo. No puedo hacer una mierda. Esa agua espesa como

puré me llena la nariz y la boca antes de arrastrarse por mi garganta igual que un batido caliente. El perro se aleja dando vueltas, mientras yo me sigo hundiendo. No voy a salvarlo, de modo que cierro lo ojos y me dejo caer.

Por supuesto, no me ahogué. Eso ya lo ves, lo que convierte esta historia en algo bastante estúpido. Uno de mis primos saltó, me agarró del brazo y me arrastró hasta la orilla. Y ahí estoy tendida de espaldas y mirando al sol como si fuera un amigo al que no veo desde hace tiempo. Un bote pasa corriendo abajo haciendo olas, uno de esos camareros que escupen humo de gasoil. Y mi primo me deja ahí tirada para volver a toda prisa junto al resto de los chicos. Yo estoy demasiado agotada para moverme, de modo que ahí me quedo, mientras las olas creadas por la embarcación me lamen los pies hasta que de repente siento esa cosa encima de mí. Fría, erizada e hinchada de agua del río. Y muerta, joder. Es el perro, me digo. Pero no parece un perro. Parece piel humana, hinchada y pegajosa. Salpicada de espinillas y vello que pincha. Me duele demasiado el pecho para gritar por culpa de esa cosa que se me echa encima y me aplasta, pesa de cojones y el vello duro me araña la piel. De algún modo consigo salir de debajo de esa mierda. Ruedo hacia un lado y cuando me vuelvo para mirar estoy cara a cara con un cerdo muerto. Sus ojos vidriosos y su morro azulado están a escasos centímetros de mi cara. No te engaño.

¿Por qué te estoy contando esta mierda sobre algo que sucedió cuando tenía diez años, una broma que me gastaron mis primos? Ahora te lo explico. Porque cuando estaba en el coche, después de que el tipo me abofeteara, me sentí como si estuviera otra vez en la orilla del río, desorientada y exhausta, con aquel maldito puerco encima de mí. Pero este cabrón no está muerto. Muerde y gruñe y dice todo tipo de cosas que parecen no ir conmigo. Es como si estuviera hablando con otra persona, con otra mujer en otro lugar que le ha hecho una putada al muy cerdo para ponerlo furioso.

Siento su piel contra la mía, su asqueroso olor a puerco muerto.

Y de repente estoy fuera otra vez. Noto que el coche se mueve. Y cuando vuelvo a despertar es a causa de un dolor como nunca he sentido. Es afilado y limpio. Como cristal. Es casi bonito. Como mercurio deslizándose en el interior de uno de esos termómetros antiguos. Yo no sabía que el dolor podía ser tan bonito. Tanto que te deja sin aliento. Literalmente. Me atraviesa la garganta, así que no puedo gritar, pues cada vez que lo intento una burbuja de sangre fluye desde mi garganta hasta mi cuello.

Y entonces siento que algo me tapa la cara y respirar me resulta aún más difícil. Algo que hace que el mundo se aleje todavía más. Todo está envuelto en una neblina oscura, como si estuviera mirándolo a través de una nube de humo de marihuana. Y doy vueltas, giro y giro igual que aquel cerdo en el agua. Sin embargo, siento el suelo duro bajo mi cuerpo. Siento la tierra, basura y cristal, y estoy tendida de espaldas mirando hacia la luna, una luna borrosa detrás de lo que sea que me cubre la cara y me impide respirar. Y a pesar de todo busco las palmeras, intento recordarlas, porque si soy capaz de encontrarlas...